

## EDITORIAL

El Sermón del Monte es considerado el mejor discurso de todos los tiempos. Es probablemente la parte más conocida de la enseñanza de Jesús, aunque pocas personas lo entiendan y aún menos lo obedezcan. Es lo más parecido a un manifiesto que Jesús haya pronunciado, porque es su propia descripción de lo que deseaba que sus seguidores fueran e hicieran.

El Sermón se encuentra en el Evangelio de Mateo, al principio del ministerio público de Jesús. Inmediatamente después de su bautismo y tentación en el desierto, Jesús comenzó a anunciar las buenas noticias de que el reino de Dios, largamente prometido en la era del Antiguo Testamento, estaba ahora a la puerta. Él mismo había venido a inaugurarlo. Con él había amanecido la nueva era, y el gobierno de Dios había irrumpido en la historia. “Arrepentíos”, clamó, “**porque el reino de los cielos se ha acercado**” (Mt 4:17). En realidad, “recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino” (Mt 4:23).

El Sermón del Monte, entonces, debe verse en este contexto. Retrata el arrepentimiento y la justicia que pertenecen al reino. Es decir, describe cómo se ven la vida y la comunidad humanas cuando se encuentran bajo el gobierno de la gracia de Dios. ¿Y cómo se ven? ¡Diferentes! Jesús hizo hincapié en que sus verdaderos seguidores, los ciudadanos del reino de Dios, deberían ser completamente diferentes de los demás. No debían tomar sus líneas de acción de los pueblos que los rodeaban, sino de él, y de ese modo comprobar que eran hijos auténticos de su Padre celestial. Así, el texto clave del Sermón del Monte es: “**No os hagáis, pues, semejantes a ellos**” (Mt 6:8). Nos hace recordar inmediatamente la palabra de Dios a Israel: “**No haréis como hacen**” (Lv 18:3). Es el mismo llamado a ser distintos. Y a través de todo el Sermón del Monte se elabora este tema.

El carácter de los discípulos de Cristo debía ser completamente distinto de aquel que el mundo admiraba. Debían brillar como luces en las tinieblas predominantes. Su justicia debía exceder la de los escribas y fariseos, tanto en conducta ética como en devoción religiosa, en tanto que su amor debía ser mayor y su ambición más noble que la de sus vecinos paganos.

No existe un solo párrafo del Sermón del Monte en el cual no se delinee este contraste entre las normas cristianas y las no cristianas. Es el tema fundamental y unitario del Sermón; todo lo demás es variación de él. En ocasiones Jesús contrasta a sus seguidores con las naciones paganas o gentiles. Otras veces Jesús puso a sus discípulos en contraste con los judíos, es decir no con gente pagana sino con gente religiosa. Así pues los seguidores de Jesús deben ser diferentes tanto de la iglesia nominal como del mundo secular, diferentes tanto del religioso como del irreligioso.

Al final del Sermón del Monte, las multitudes quedaron asombradas de las enseñanzas de Jesús (Mt 7:28-29). Nuestra oración es que usted, querido estudiante de la Palabra de Dios, también sienta las mismas emociones de los primeros oyentes, y sea desafiado por el mayor sermón jamás predicado en todos los tiempos.

Pr. Jonas Sommer y equipo.